

de romanzas, entusiasta de las frases ingeniosas, dispuesto á todo, adulator y envidioso, lo sabía y lo ignoraba todo. Desconocedor de la música, acompañaba al piano medianamente á una mujer que quisiese cantar por complacencia una romanza aprendida con mil trabajos durante un mes. Incapaz de sentir la poesía, pedía atrevidamente permiso para pasearse durante diez minutos é improvisar algún cuarteto en el que la rima reemplazaba á la idea. El señor del Chatelet estaba, además, dotado del talento de continuar los bordados que había empezado la princesa, y sostenía con una gracia infinita las hebras de seda que ésta dividía, diciéndole tontearías que no encerraban nada, pero que tenían cierta gracia. Ignorante en pintura, sabía copiar un paisaje, dibujar un perfil, y, finalmente, tenía todos esos pequeños talentos que eran tan grandes medios de fortuna en una época en que las mujeres han tenido más influencia de lo que se cree en los negocios. Pretendía ser muy hábil en diplomacia, ciencia de los que no poseen ninguna y en la que resulta más fuerte el hombre que nada manteniendo su cabeza por encima del río de los acontecimientos que él pretende conducir. No obstante su servicio ordinario y extraordinario al lado de la Alteza Imperial, la influencia de su protectora no había podido colocarle en el Consejo de Estado, no porque no hubiese él hecho un magnífico relator como tantos otros, sino porque la princesa le consideraba mejor colocado á su lado que en ninguna otra parte. Entre tanto, fué nombrado barón, se trasladó á Cassel como enviado extraordinario, y pareció allí, en efecto, muy extraordinario. En otros términos, que Napoleón se sirvió de él en medio de una crisis como de un correo diplomático. En el momento en que cayó el Imperio, al barón del Chatelet le habían prometido nombrarle ministro en Westphalia, y después de haber perdido lo que él llamaba una embajada de familia, la desesperación se apoderó de él é hizo un viaje á Egipto con el general Armando de Montriveau. Separado de su compañero por extraños acontecimientos, Chatelet había vagado durante dos años de desierto en desierto y de tribu en tribu, cautivo de los árabes, que se lo vendían unos á otros sin poder sacar el menor partido de sus talentos. Por fin, llegó á las posesiones del himán de Mascate, mientras que Montriveau se dirigía á Tánger; pero tuvo la suerte de encontrar en Mascate un buque inglés que se iba á hacer á la vela, y pudo volver á París un año

antes que su compañero de viaje. Sus recientes desgracias, algunas de sus antiguas relaciones y algunos favores que había hecho á personas que gozaban entonces del poder, le valieron una recomendación para el presidente del Consejo, el cual le colocó al lado del señor Barante hasta tanto que quedase libre alguna primera dirección. El papel desempeñado por el señor del Chatelet al lado de la Alteza Imperial, su reputación de hombre afortunado en amores, los singulares acontecimientos de su viaje y sus sufrimientos excitaron la curiosidad de las mujeres de Angulema. Habiendo tenido conocimiento de las costumbres de la villa alta, el señor barón Sixto del Chatelet obró en su consecuencia, se hizo el enfermo y fingióse hombre hastiado y aburrido.

Con cualquier motivo, se llevaba las manos á la cabeza como si el sufrimiento no le dejase un momento de descanso, y esta pequeña maniobra recordaba su viaje y le hacía interesante. Visitó á las autoridades superiores, al general, al prefecto, al recaudador general y al obispo; pero se mostró en todas partes cortés, frío y ligeramente desdeñoso, como los hombres que no están en su lugar y que esperan los favores del poder. Dejó adivinar sus talentos de sociedad, y después de hacerse desear excitando más y más la curiosidad pública y de haber reconocido la nulidad de los hombres y examinado sabiamente á las mujeres durante varios domingos en la catedral, reconoció en la señora de Bargetón á la persona cuya intimidad le convenía, y contó con la música para abrirse las puertas de aquel palacio impenetrable para los forasteros. Al efecto, se procuró secretamente una misa de Miroir, la estudió al piano, y un domingo en que toda la sociedad de Angulema estaba en misa, extasió á los ignorantes tocando el órgano y aumentó el interés que inspiraba su persona haciendo circular indiscretamente su nombre por medio del bajo clero. Al salir de la iglesia, la señora de Bargetón le felicitó, le dijo que lamentaba no tener ocasión de oírle tocar con más frecuencia, y acabó por ofrecerle la entrada en su casa, entrada que él no habría obtenido si la hubiese solicitado. El diestro barón fué á casa de la reina de Angulema, á la que prodigó comprometedores cumplidos. Este hermoso viejo, pues tenía ya cuarenta y cinco años, vió en aquella mujer una juventud que reanimar, infinidad de tesoros ocultos, tal vez una rica viuda con quien casarse, y, finalmente, una alianza con la familia de los Negrepelisse,

alianza que le permitiría frecuentarse en París con la marquesa de Espard, cuyo crédito podría abrirle de nuevo las puertas de la carrera política. No obstante el muérdago sombrío que estropeaba aquel hermoso árbol, resolvió unirse á él, cultivarlo y recoger sus hermosos frutos. La Angulema noble clamó contra la introducción de un infiel en la alcazaba, pues el salón de la señora de Bargetón era el cenáculo de una sociedad pura de toda alianza. Sólo el obispo iba allí habitualmente, el prefecto era recibido dos ó tres veces al año, y el administrador general no iba nunca, pues la señora de Bargetón iba á sus veladas y á sus conciertos, pero no comía nunca en su casa. El hecho de no querer recibir al administrador general y de admitir á un sencillo recaudador de contribuciones fué juzgado por las autoridades despreciadas como un inconcebible ataque á la jerarquía.

Los que pueden iniciarse con el pensamiento en esas pequeñeces que son propias de cada esfera social, deben comprender lo muy imponente que sería el palacio de Bargetón para la burguesía de Angulema. Todos los que se reunían en él eran las almas más dignas de lástima, las inteligencias más mezquinas y los nobles más pobres de veinte leguas á la redonda. La política estaba reducida allí á charlas insubstanciales y apasionadas; *El Cotidiano* era tildado de demasiado frío, y Luis XVIII era considerado como jacobino. Respecto á las mujeres, la mayor parte eran sosas y tontas, vestían mal y nada era en ellas completo, ni el tocador, ni la gracia, ni las carnes. A no ser por sus proyectos acerca de la señora de Bargetón, Chatelet no hubiera podido resistir aquella sociedad. Sin embargo, hemos de advertir que el vacío que se sentía en ésta era llenado por los modales y el modo de ser de la casta, por el aire noble, la altivez del hidalgo y el conocimiento de las leyes de la cortesía. La nobleza de sentimientos era allí mucho más real que en la esfera de las grandezas parisienses, y, á pesar de todo, reinaba una respetable adhesión á los Borbones. Si se me permite la imagen, diré que aquella sociedad parecía un juego de cubiertos de plata viejos, de mala forma y ennegrecidos, pero macizos. La inmovilidad de sus opiniones políticas parecía fidelidad, y el espacio que mediaba entre ella y la burguesía y la dificultad de penetrar en sus salones, simulaba una especie de elevación y le daba un valor convencional. Cada uno de aquellos nobles tenía su valor para los habitantes, como sirven las

conchas de moneda á los negros del Bambarra. Algunas mujeres, aduladas por el señor del Chatelet y reconociendo en él superioridades de que carecían los hombres de su sociedad, colmaron la insurrección de los amores propios: todas esperaban apropiarse la sucesión de la Alteza Imperial. Los puristas pensaron que se vería al intruso en los salones de la señora de Bargetón; pero que no sería recibido en ninguna otra casa. Del Chatelet tuvo que sufrir algunas impertinencias; pero se mantuvo en su posición cultivando al clero, acarició los defectos que el terruño había comunicado á la reina de Angulema, le llevó todos los libros nuevos y le leía las poesías que iban publicándose recientemente. Ambos se extasiaron ante las obras de los poetas jóvenes, ella de buena fe, y él aburriéndose, pero aceptando con paciencia los poetas románticos que no le llamaban la atención, como hombre que era de la escuela imperial. La señora de Bargetón, entusiasmada del renacimiento debido á la influencia de los lirios, gustaba del señor de Chateaubriand desde que había llamado muchacho sublime á Víctor Hugo, y triste porque sólo conocía al genio de lejos, suspiraba por París, donde vivían los grandes hombres. El señor del Chatelet creyó entonces hacer un gran mérito comunicándole que existía en Angulema otro muchacho sublime, un joven poeta que, sin saberlo, excedía en brillo á las constelaciones parisienses. Un gran hombre futuro había nacido en el Houmeau. El director del colegio le había enseñado al barón admirables versos suyos. Pobre y modesto, el muchacho era un Chatterton sin el odio feroz contra las grandezas sociales, que llevó al poeta inglés á escribir libelos contra sus bienhechores.

En medio de las cinco ó seis personas que participaban de su gusto por las artes y las letras, éste porque rascaba un violín, aquél porque embadurnaba cuartillas, el uno en su calidad de presidente de la sociedad de agricultura, y el otro en virtud de su voz de bajo que le permitía cantar el *Se fiato in corpo avete*, la señora de Bargetón se encontraba en medio de estas figuras fantásticas como un hambriento ante una comida de teatro, donde los platos y los manjares son de cartón. De suerte que es imposible dar una idea de la alegría que se apoderó de ella cuando supo aquella noticia. Inmediatamente quiso ver al poeta, al ángel, sintió por él un entusiasmo loco y habló de él durante horas enteras. Dos días después, el antiguo correo diplomático había pre-

parado la presentación de Luciano en casa de la señora de Bargetón por medio del director del colegio.

Vosotros solos, pobres ilotas de provincia, para quienes las distancias sociales son más largas de recorrer que para los parisienses, á cuyos ojos se acortan de día en día, vosotros solos comprenderéis la impresión que recibiría el cerebro y el corazón de Luciano Chardón cuando su imponente director le dijo que las puertas del palacio de Bargetón iban á abrirse para él, que la gloria las había hecho girar sobre sus goznes y que sería bien acogido en aquella casa cuyos viejos aleros atraían sus miradas cuando se paseaba por la tarde con David, diciéndole que sus nombres no llegarían nunca á aquellos oídos sordos para la ciencia cuando ésta venía de los de abajo. Su hermana fué la única iniciada en este secreto, y como buena mujer de su casa y divina adivinadora, Eva mermó su tesoro en algunos luises para ir á comprar á Luciano zapatos finos á casa del mejor zapatero de Angulema, y un traje nuevo en casa del sastre de más fama. ¡Qué alegría sintió cuando le vió vestido de aquel modo, cuán orgullosa estuvo de su hermano y cuántas recomendaciones le hizo! El hábito de la meditación había hecho adquirir á Luciano la costumbre de apoyar los codos en algún sitio tan pronto como se sentaba, y Eva le advirtió que no tomase posturas tan familiares en el santuario aristocrático. Después, lo acompañó hasta la puerta de San Pedro, llegó hasta enfrente de la catedral, le miró mientras recorría la calle de Beaulieu, para ir al paseo donde le esperaba el señor del Chatelet, y luego paróse llena de emoción, como si algún gran acontecimiento estuviera á punto de realizarse. Luciano en casa de la señora de Bargetón, era para Eva la aurora de la fortuna. La santa criatura ignoraba que cuando empieza la ambición, cesan los sentimientos sencillos. Al llegar á la calle del Minaje, las cosas exteriores no asombraron nada á Luciano. El Louvre, tan agrandado por su imaginación, era una casa construída con piedra del país y dorada por el tiempo, y su aspecto, bastante triste en la calle, era interiormente muy sencillo: el patio de provincias frío y limpio; una arquitectura sobria, casi monástica, pero bien conservada. Luciano subió por una escalera con balaustres de castaño, cuyos peldaños cesaban de ser de piedra á partir del primer piso, y después de haber atravesado una antesala mezquina y un gran salón con poca luz, encontró á la soberana en un

saloncito ensamblado con maderas talladas y pintadas de gris. La parte superior de las puertas era de camafeo, y un antiguo damasco rojo decoraba los testeros. Los muebles, de forma antigua, estaban cubiertos con fundas á cuadros rojos y blancos. El poeta vió á la señora de Bargetón sentada en un canapé, ante una mesa redonda cubierta con un tapiz verde é iluminada por un candelabro antiguo con dos bujías y pantalla. La reina no se levantó, sino que se recogió en su asiento sonriendo al poeta, el cual se emocionó grandemente y encontró muy distinguido aquel movimiento serpentino. La excesiva belleza de Luciano, la timidez de sus modales, todo, en una palabra, contribuyó á interesar á la señora de Bargetón. El poeta era ya la poesía. El joven examinó con discretas miradas á aquella mujer, que le pareció en armonía con su renombre y que no destruía ninguna de las ideas que él tenía formadas de la gran dama. Siguiendo una nueva moda, la señora de Bargetón llevaba una boina de terciopelo negro. Este accesorio encierra un recuerdo de la Edad media que impone siempre á un joven y por debajo del cual brotaba una gran cabellera dorada y rizada. La noble dama poseía esa tez brillante con que una mujer rescata los pretendidos inconvenientes de las rubias. Sus ojos grises despedían brillo y estaban rodeados de un margen nacarado cuyas venas hacían resaltar la blancura de su cutis. La nariz tenía cierta curvatura borbónica, y los cabellos no ocultaban por completo el cuello. La bata, negligente-mente cruzada, dejaba ver un pecho de nieve donde la mirada adivinaba una divina garganta. La señora de Bargetón hizo una indicación amistosa al joven poeta con sus dedos afilados y cuidados, pero un poco secos, para que tomase asiento á su lado; y el señor del Chatelet tomó un sofá. Luciano se apercibió entonces de que estaban solos. La conversacion de la señora de Bargetón embriagó al poeta del Houmeau, y las tres horas pasadas á su lado fueron para Luciano uno de esos sueños que quisiera uno hacer eternos. Aquella mujer le pareció más bien adelgazada que delgada, enamorada sin amor, enfermiza no obstante su robustez, y sus defectos, que ella exageraba con sus modales, le agradaron extraordinariamente, lo cual no tiene nada de extraño, pues los jóvenes empiezan amando la exageración, ese embuste de las almas hermosas. No notó que sus mejillas estaban marchitas y borrosas, ni los tonos duros que le habían

comunicado el fastidio y algunos sufrimientos. Su imaginación se fijó ante todo en aquellos ojos de fuego, en aquellos elegantes rizos y en aquella blancura de nieve, puntos luminosos éstos que le fascinaron como fascina la luz á la mariposa. Por otra parte, el alma de aquella mujer habló demasiado alto á la suya para que él pudiese juzgarla. El fuego de aquella exaltación femenina, la verbosidad de las frases viejas que repetía hacía ya tiempo la señora de Bargetón, pero que á Luciano le parecieron nuevas, le deslumbraron tanto mejor, cuanto que tenía deseos de juzgarlo todo bien. El joven no había llevado poesías para leer; pero no le habló siquiera de esto. El había olvidado los versos para tener derecho á volver, y la señora de Bargetón no había hablado de ellos para empeñarle á volver otro día á darles lectura. ¿No es esto una primera cita? Don Sixto del Chatelet quedó muy descontento de esta entrevista, y vió, un poco tarde, un rival en este hermoso joven, al que acompañó hasta el paseo de Beaulieu con objeto de someterlo á su diplomacia. No quedó Luciano poco asombrado al oír que el director de contribuciones indirectas le había introducido en aquella casa y que, con este motivo, se permitía darle algunos consejos.

—¡Ojalá que le traten á usted mejor que á mí!— le decía el señor del Chatelet.— La corte es menos impertinente que esta sociedad de gahnápiros, donde se reciben espantosos desprecios. Si esas gentes no cambian, volverá á repetirse la revolución de 1789. Yo, por mi parte, si continúo yendo á esa casa, es por la señora de Bargetón, la única mujer pasable que hay en Angulema, á la que hice la corte por no saber qué hacer, de la que estoy locamente enamorado y soy correspondido, y á la cual no tardaré en poseer. La sumisión de esa reina orgullosa es la única venganza que sacaré de esa estúpida manada de nobles de medio pelo.

Chatelet expresó su pasión diciéndose hombre capaz de matar á su rival si lo tuviese, procurando aplastar con su importancia y atemorizar al pobre poeta y contándole con exageración los peligros de su viaje; pero si logró imponerse en la imaginación del poeta, no asustó lo más mínimo al amante.

Después de aquella noche, no obstante el viejo fatuo y á pesar de sus amenazas y de su actitud de espadachín consumado, Luciano había vuelto á ver con frecuencia á la señora

de Bargetón, al principio con la discreción de un hombre del Houmeau, y después familiarizándose con lo que en un principio le pareció un enorme favor. Las gentes de aquella sociedad consideraron al principio al hijo de un farmacéutico como un ser sin consecuencias, y cuando algún hidalgo ó alguna dama encontraban á Luciano en casa de Nais, empleaban con él esa aplastante cortesía que suelen usar las gentes distinguidas con sus inferiores. En un principio, Luciano encontró muy agradable á aquella gente; pero después reconoció el sentimiento que originaba aquellas falaces consideraciones, y no tardó en sorprender ciertos aires protectores que removieron su hiel y le confirmaron en las odiosas ideas republicanas con que muchos futuros patricios trinan contra la alta sociedad; pero todos los sufrimientos los hubiera él soportado por Nais, á la que oía dar este nombre, pues entre los íntimos de aquel salón, al igual que entre los grandes de España, se llamaban hombres y mujeres por sus diminutivos, último ardid inventado para establecer una distinción entre las clases.

Nais fué amada como ama todo joven á la primera mujer que le adula, pues Nais pronosticaba un gran porvenir y una gloria inmensa á Luciano. La señora de Bargetón usó de toda su maña para establecer en su casa á su poeta, y no sólo lo alababa excesivamente, sino que lo presentaba como un niño sin fortuna á quien quería proteger, lo empequeñecía para mirarle y decía que era su lector y secretario; pero en realidad lo amaba más de lo que ella se creía capaz de amar después de la espantosa desgracia que le había ocurrido. Interiormente, se criticaba á sí propia y se decía que sería una locura amar á un joven de veinte años que por su posición estaba ya muy lejos de ella. Sus familiaridades eran caprichosamente desmentidas con las altiveces que le inspiraban sus escrúpulos, y se mostraba sucesivamente altanera y protectora, cariñosa y halagüeña. En un principio, atemorizado Luciano por la elevada condición de esta mujer, sintió todos los terrores, esperanzas y desesperaciones que acompañan al primer amor y que tanto le hacen arraigar en nuestro corazón mediante el placer y el dolor. Durante dos meses vió en ella una bienhechora que iba á ocuparse de él maternalmente; pero luego empezaron las confidencias, la señora de Bargetón llamó á su poeta querido Luciano, después querido llanamente, y el poeta, envalentonado,

acabó por llamar Nais á la gran dama. Al oír que le daba este nombre, se apoderó de ella una de esas cóleras que tanto seducen á un niño, y le reprendió por servirse del nombre que le daba todo el mundo. Después, la activa y noble Negrepelisse ofreció á aquel hermoso ángel uno de sus nombres que se hallaba aún por usar, y le manifestó que quería ser Luisa para él. Luciano se creyó transportado con esto al tercer cielo. Una noche, como hubiese entrado Luciano mientras Luisa contemplaba un retrato que se apresuró á esconder, el joven manifestó deseos de verle, y Luisa, para calmar la desesperación de un primer acceso de celos, le enseñó el retrato del joven Cante Croix y le contó llorando la dolorosa historia de sus amores tan puros y tan cruelmente cortados. ¿Es que se reprochaba su infidelidad para con el muerto, ó es que se había propuesto que Luciano viese un rival en aquel retrato? Luciano era demasiado joven para analizar á su amada, y se limitó á desesperarse. Sus discusiones acerca de los deberes, de las conveniencias y de la religión fueron otras tantas plazas fuertes que Luisa se propuso tomar por asalto, á pesar de que el inocente Luciano no necesitaba tales coqueterías para querer con delirio.

—Yo no moriré, sino que viviré para usted—dijo audazmente Luciano una noche en que quiso acabar de una vez con el señor de Cante-Croix, y en que dirigió á Luisa una mirada que denotaba que su pasión había llegado al colmo.

Asustada de los progresos que este nuevo amor hacía en ella y en su poeta, Luisa le pidió los versos que le había prometido para la primera página de su álbum, buscando un motivo de riña en la tardanza que él emplearía en hacerlos. Pero no pudo ocultar su asombro al leer dos estrofas que le presentó el joven, en las cuales la pasión y la ingenuidad vestían el ropaje de la más culta dicción, y que, como es natural, le parecieron á ella más hermosas que las mejores del señor Lamartine.

—¿Soy yo en realidad la que le ha inspirado estos versos?—dijo la señora de Bargetón.

Esta sospecha, inspirada por la coquetería de una mujer que se complacía en jugar con fuego, hizo acudir una lágrima á los ojos de Luciano, al que Luisa consoló besándole en la frente por primera vez. Decididamente, Luciano fué para ella un gran hombre á quien se proponía formar, y acarició la idea de enseñarle el italiano y el alemán y de perfeccionar

sus modales, encontrando pretextos en esto para tenerle siempre en su casa en presencia de sus fastidiosos contertulios. ¡Qué gran interés para su vida! Volvió á dedicarse á la música por su poeta, á quien reveló el mundo musical haciéndole oír algunos hermosos trozos de Beethoven y entusiasmandole. Feliz al notar la alegría del joven, Luisa le decía hipócritamente, viéndole medio pasmado:

—¿No se puede contentar uno con esta dicha?

Y el pobre poeta cometía la tontería de decir:

—Sí.

Por fin, las cosas llegaron á tal punto, que Luisa invitó á comer consigo á Luciano en compañía del señor Bargetón. A pesar de esta precaución, toda la villa comentó este hecho y lo juzgó tan exorbitante, que casi lo puso en duda. Muchos creyeron hallarse en vísperas de una revolución, y otros exclamaron: «¡He aquí el fruto de las doctrinas liberales!»

El celoso Chatelet supo entonces que la señora Carlota que cuidaba á las parturientes, era la señora Chardón, madre del Chateaubriand del Houmeau, frase esta suya que fué muy celebrada. La señora de Chandour fué la primera en acudir á casa de la señora de Bargetón para decirle:

—¿Sabe usted, querida Nais, lo que dice todo Angulema? Dícese que ese poetastro es hijo de la señora Carlota, la mujer que asistió á mi cuñada en el parto.

—Querida mía—dijo la señora de Bargetón tomando un aire regio,—¿y qué tiene eso de particular? ¿No es viuda de un boticario? Su destino es en verdad bien pobre, siendo, como es, una Rubempré. Supongámonos nosotras hambrientas y sin un céntimo... ¿qué haríamos para vivir? ¿cómo alimentaría usted á sus hijos?

La sangre fría de la señora de Bargetón puso término á los lamentos de la nobleza. Las almas grandes están siempre dispuestas á convertir en virtud la desgracia. Por otra parte, el afán de hacer un bien recriminado, tiene inventibles atractivos. Por la noche, los salones de la señora de Bargetón se llenaron de amigos suyos, que iban á hacerle reconvenções; pero ella desplegó toda la causticidad de su espíritu, diciendo que si los nobles no podían ser Molières, ni Racines, ni Rousseaus, ni Voltaires, ni Marsillóns, ni Beaumarchais, ni Diderots, había que aceptar á los relojeros, á los tapiceros y á los cuchilleros, cuyos hijos llegaban á ser grandes hombres. Añadió que el genio era

siempre noble, y soltó otra porción de tonterías que habrían instruido acerca de sus móviles á gentes menos necias, y, por último, conjuró la tormenta á cañonazos. Cuando Luciano, llamado por ella, entró por primera vez en su antiguo y rancio salón, donde se jugaba al *whist* en cuatro mesas, le hizo una cariñosa acogida, lo presentó como reina que quiere ser obedecida, y llamando al director de contribuciones, señor Chatelet, lo petrificó haciéndole comprender que conocía la superfetación de su partícula. Desde aquella noche, Luciano fué violentamente introducido en la sociedad de la señora de Bargetón, sociedad donde sólo se vió aceptado como una substancia venenosa que todo el mundo se propuso expulsar sometándolo á los reactivos de la impertinencia. No obstante este triunfo, Nais perdió parte de su imperio, pues hubo en su casa disidentes que se propusieron emigrar. Por consejo del señor de Chatelet, Amelia, que era la señora de Chandour, resolvió levantar altar contra altar recibiendo en su casa los miércoles. La señora de Bargetón abría su salón todas las noches, y las gentes que iban á su casa eran tan rutinarias y estaban tan acostumbradas á encontrarse siempre ante los mismos tapices, á jugar con los mismos chaquetes, á ver las mismas gentes y los mismos candelabros, y á colocar sus capas, sus zuecos y sus sombreros en los mismos lugares, que tenían el mismo cariño á la escalera de la casa que á la dueña de la misma. Todos se resignaron, pues, á sufrir al jilguero de la selva sagrada, frase de Alejandro Brebián, que fué también muy celebrada. Por fin, el presidente de la sociedad de agricultura, apaciguó la insurrección con una observación magistral.

—Antes de la Revolución—dijo,—los más grandes señores recibían á Duclós, Grimm y Crebillón, gentes todas que, al igual que ese aprendiz de poeta del Houmeau, no destruían la regla; pero, en cambio, no admitían á los recaudadores, que es lo que viene á ser Chatelet, después de todo.

Chatelet pagó por Luciano, y empezó á notar en todos gran frialdad. Al sentirse atacado, el director de contribuciones, que, desde el momento en que la señora de Bargetón le había llamado Chatelet, se había jurado poseerla, se puso de parte de ésta, y apoyó al joven poeta declarándose amigo suyo. Este gran diplomático, que el em-

perador tan torpemente desperdició, acarició á Luciano, se dijo amigo suyo, y, para alentarle, le dió una comida, á la que asistieron el prefecto, el administrador general, el coronel del regimiento, el director de la escuela de marina y el presidente de la audiencia, en una palabra, todas las eminencias administrativas. El pobre poeta fué celebrado con tanto entusiasmo, que, á no haber sido por sus escasos años, habría visto una burla en las alabanzas que le prodigaron. A los postres, Chatelet hizo recitar á su rival una oda de Sardanápalo moribundo, y al oirla, el director del colegio, hombre flemático, batió palmas diciendo que ni Juan Bautista Rousseau había hecho cosa mejor. El barón Sixto del Chatelet pensó que el poeta perecería, tarde ó temprano, en el anchuroso mar de las alabanzas, ó que, en la embriaguez de su gloria anticipada, se permitiría algunas impertinencias que acabarían por sumirle en su primitiva obscuridad. Esperando el florecimiento de este genio, Chatelet pareció inmolar sus pretensiones á los pies de la señora de Bargetón; pero, con la habilidad de los truhanes, tenía su plan formado y seguía con estratégica atención la marcha de los dos amantes, acechando la ocasión de exterminar á Luciano. Desde entonces, lo mismo en la villa que en los alrededores, corrió un sordo rumor que proclamaba la existencia de un gran hombre en Angulema, y la señora de Bargetón era generalmente alabada por los cuidados que prodigaba á tan aprovechado joven. Una vez aprobada su conducta, quiso obtener una sanción general, y anunció por el departamento una velada con helados, pastelillos y té, gran innovación ésta en una villa donde el té se vendía aún en casa de los boticarios, como una droga empleada contra las indigestiones. La flor de la aristocracia fué convidada para oír una gran obra que había de leer Luciano. Luisa había ocultado á su amigo las dificultades que había tenido que vencer; pero no dejó de decirle los peligros de la carrera que tienen que recorrer los hombres de ingenio, carrera plagada de infranqueables obstáculos, si no se demuestra un gran valor. Con sus blancas manos, le mostró la gloria comprada á costa de continuos sacrificios y de enormes privaciones. Luisa se consideró tan grande con su elocuencia, que amó más al Benjamín que se la inspiraba, y le aconsejó que repudiase audazmente el apellido de su padre y tomase el noble nombre de Rubempré, sin preocuparse de las críticas

á que daría lugar un cambio que, por otra parte, sería legítimado por el rey. Emparentada con la marquesa de Espard, que gozaba de gran influencia en la corte, le prometió encargarse de obtener este favor; y al oír las palabras: *marquesa de Espard, corte, rey*, Luciano quedó deslumbrado y reconoció la necesidad del nuevo bautismo.

—Querido mío, cuanto más pronto se haga, antes quedará sancionado—le dijo Luisa con voz cariñosamente burlesca.

Después le mostró una á una todas las capas sociales, é hizo contar al poeta los escalones que subía de pronto con tan hábil determinación. En un instante, Luisa hizo abjurar á Luciano sus ideas populares acerca de la quimérica igualdad de 1793, despertó en él la sed de distinciones que la fría razón de David había calmado, y le mostró la alta sociedad como el único teatro que él debía frecuentar. El rencoroso liberal pasó á ser monárquico *in petto*. Luciano mordió la manzana del lujo aristocrático y de la gloria, y juró llevar á su dama una corona, aunque fuese ensangrentada, conquistándola á toda costa, *quibuscumque viis*. Para probar su valor, le contó sus sufrimientos actuales, que ignoraba aún Luisa á causa de ese indefinible pudor que acompaña á los primeros sentimientos, y le describió las estrecheces de una miseria soportada con orgullo, sus trabajos en casa de David, y sus noches empleadas en el estudio. Este joven ardor recordó el coronel de veintiséis años á la señora de Bargetón, cuya mirada se enterneció. Al ver que la debilidad se apoderaba de su imponente amada, Luciano le tomó una mano y se la besó con la furia del poeta, del joven y del amante, y Luisa llegó hasta á permitir que el hijo del boticario depositase en su frente un ardiente beso.

—¡Hijo, hijo, que ridícula estaría si alguien nos viese! —dijo Luisa saliendo de su extático entorpecimiento.

Durante aquella noche, el ingenio de la señora de Bargetón hizo grandes estragos en lo que ella llamaba las preocupaciones de Luciano. Según ella, los hombres de genio no tenían hermanos ni hermanas, padres ni madres; y las grandes obras que tenían que edificar les imponían un aparente egoísmo, obligándoles á sacrificarlo todo por su grandeza. Si las familias sufrían en un principio las devorantes exacciones de un cerebro gigantesco, más tarde recibían con

creces el precio de los sacrificios de todo género exigidos por las primeras luchas de un reinado contrariado, participando de los frutos de su gloria. El genio solo bastaba por sí mismo, era el único juez de sus medios, pues él solo conocía el fin, y debía, por lo tanto, ponerse por encima de las leyes, llamado como estaba á rehacerlas. Por otra parte, el que impera en su siglo puede tomarlo todo y arriesgarlo todo, porque todo es suyo, y á este efecto, citaba los principios de la vida de Bernardo Palissy, de Luis XI, de Fox, de Napoleón, de Cristóbal Colón, de César, y de todos los ilustres hombres que, acribillados al principio de deudas, ó pobres, desconocidos, tachados de locos, de malos hijos, de malos padres, ó de malos hermanos, pasaron á ser luego el orgullo de su familia, de su país y del mundo entero. Estos razonamientos abundaban en los vicios secretos de Luciano y anticipaban la corrupción de su corazón; pues, llevado del ardor de sus deseos, éste admitía todos los medios *á priori*. Pero no salir airoso es un crimen de lesa sociedad. Luciano, que no sabía que estaba entre la infamia del presidio y las palmas del genio, se cernía sobre el Sinaí de los profetas sin ver en el fondo del mar Muerto el horrible sudario de Gomorra.

Luisa desembarazó tan bien el corazón y el espíritu de su poeta de las mantillas con que los había envuelto la vida provinciana, que Luciano quiso poner á prueba á la señora de Bargetón, á fin de saber si podía conquistar tan elevada presa sin sufrir la vergüenza de una negativa. La velada anunciada le proporcionó la ocasión de llevar á cabo la prueba. La ambición se mezclaba con su amor; amaba y deseaba elevarse, doble deseo muy natural en los jóvenes que tienen un corazón que satisfacer y una indigencia que combatir. Hoy la sociedad, convidando á todos sus hijos á un mismo festín, despierta sus ambiciones en la primavera de la vida, priva á la juventud de sus gracias y vicia la mayor parte de sus sentimientos generosos, mezclándolos con el cálculo. La poesía quisiera que ocurrieran las cosas de otro modo; pero los hechos vienen con demasiada frecuencia á desmentir la ficción en que uno quisiera creer, para que nadie pueda permitirse representar al joven del siglo xix de distinto modo del que es. El cálculo de Luciano le pareció hecho en favor de un sentimiento hermoso, de su amistad por David,

Luciano escribió una larga carta á su Luisa, porque se creyó más atrevido con la pluma que con la palabra. En doce hojas copiadas tres veces, le contó el talento de su padre, sus esperanzas perdidas, la miseria horrible de que era presa; le describió á su hermana como un ángel, á David como un Cuvier futuro, el cual, antes de ser un gran hombre, era para él un hermano, un padre y un amigo, y le aseguró que se creería indigno de ser amado por ella, que era su primera gloria, si antes no le pedía que hiciese por David lo que había hecho por él mismo, renunciando á todo antes que hacer traición á David Sechard. Luciano quería que David asistiese á su éxito, y escribió una de esas cartas locas en que los jóvenes prometen suicidarse ante una negativa, y en que se habla la lógica insensata de las almas hermosas, que tanto gusta á las mujeres. Después de haber entregado esta carta á la camarera, Luciano había ido á pasar el día corrigiendo pruebas, dirigiendo algunos trabajos y poniendo en orden los asuntos de la imprenta, sin decirle nada á David. En la edad en que el corazón es aún niño, los jóvenes tienen estas sublimes distracciones. Por otra parte, tal vez comenzaba Luciano á temer el hacha de Foción, que sabía manejar David, ó acaso temía la claridad de una de esas miradas que llegan al fondo del alma. Después de la lectura de los versos de Chenier, el secreto de Luciano había pasado de su corazón á sus labios, herido por un reproche que le hizo el mismo efecto que el que hace el dedo del cirujano sobre la llaga.

Ahora, figuraos los pensamientos que debieron asaltar á Luciano mientras bajaba de Angulema al Houmeau. ¿Se habría enfadado aquella gran dama? ¿Recibiría á David? ¿Se habría hundido el ambicioso en su agujero del Houmeau? Aunque Luciano hubiese podido medir la distancia que separa á una reina de su favorito, antes de besar á Luisa en la frente creía que David podría franquear en un abrir y cerrar de ojos el espacio que él había tardado cinco meses en recorrer. Ignorando lo muy absoluto que era el ostracismo pronunciado contra las gentes insignificantes, él no sabía que una segunda tentativa de aquel género sería la pérdida de la señora de Bargetón. Acusada de haberse envilecido, Luisa se vería obligada á dejar la villa, donde su casta huiría de ella como se huía en la Edad media de un leproso. El clan de la aristocracia y el clero mismo defen-

derían á Nais contra viento y marea en el caso de que ésta cometiese una falta; pero el crimen de frecuentar malas compañías no le sería perdonado nunca, pues si se excusan las faltas del poder, se le condena después de su abdicación. Ahora bien, recibir á David, ¿no era abdicar? Si Luciano no abrazaba este lado de la cuestión, su instinto aristocrático le hacía presentir otras muchas dificultades, que le asustaban. La nobleza de los sentimientos no procura siempre inevitablemente la nobleza de los modales. Si Racine parecía un noble cortesano, en cambio Corneille parecía un chalán. Descartes tenía el tipo de un negociante holandés, y muchas veces, al encontrar á Montesquieu con el rastrillo al hombro y el gorro en la cabeza, los transeúntes de la Breda le tomaron por un gran jardinero. El trato del mundo, cuando no es un don de nacimiento ó una ciencia mamada con la leche ó transmitida con la sangre, constituye una educación que sólo la casualidad puede secundar con una cierta elegancia de formas, una distinción en las facciones y un especial timbre de voz. Todas estas grandes pequeñeces le faltaban á David, mientras que la naturaleza había dotado de ellas á su amigo. Noble por su madre, Luciano tenía hasta el pie de elevado empeine del franco; mientras que David tenía los pies anchos de Welche y el tipo de su padre el impresor. Luciano oía ya las burlas que lloverían sobre David, y le parecía ver la mal reprimida sonrisa de la señora de Bargetón. En fin, sin que se sintiese precisamente avergonzado de su hermano, se prometía en lo venidero no obrar de aquel modo por la primera impresión, y reflexionar más en sus actos. De modo que, después de la hora de la poesía y de la abnegación, después de una lectura que acababa de mostrar á los dos amigos los campos literarios iluminados por un nuevo sol, sonaba para Luciano la hora de la política y de los cálculos. Al entrar en el Houmeau se arrepentía ya de su carta; hubiera querido recogerla, y empezaba á comprender las implacables leyes del mundo. Al adivinar lo mucho que la fortuna adquirida favorecía la ambición, le costaba trabajo retirar su pie de la escala por la que debía tomar al asalto la grandeza. Después, las imágenes de la vida tranquila y sencilla, adornada con las flores más vivas del sentimiento; aquel David lleno de genio que tan noblemente le había ayudado, y que le entregaría la vida en caso de necesidad; su madre, tan gran dama en medio de su abatimiento,

y que le creía tan bueno como listo; su hermana, aquella joven tan cariñosa y tan resignada, de pura infancia y de conciencia sin tacha; sus esperanzas, que aun no habían sido destruidas por el más leve soplo, todo florecía en su recuerdo, y entonces se decía que era mejor atravesar los espesos batallones de la turba aristocrática y burguesa á fuerza de éxitos, que lograrlo mediante los favores de una mujer. ¡Su genio brillaría tarde ó temprano como el de tantos otros hombres, sus predecesores, que habían domado á la sociedad, y entonces las mujeres le querrían! El ejemplo de Napoleón, tan fatal en el siglo XIX por las pretensiones que inspiró á muchas medianías, se le apareció en la mente á Luciano, el cual abandonó y se reprochó sus cálculos. De este modo era Luciano: con la misma facilidad iba del bien al mal, que del mal al bien. En lugar del cariño que el sabio suele sentir por su retiro, Luciano sentía hacia ya un mes una especie de vergüenza al ver la botica donde se leía con letras amarillas sobre fondo verde:

*Farmacia de POSTEL, sucesor de CHARDÓN*

El nombre de su padre, escrito en un lugar por donde pasaban todos los coches, le molestaba. La noche en que franqueó la puerta de su casa, provista de una reja de mal gusto, para irse á Beaulieu á codearse con los jóvenes más elegantes de la villa, dando el brazo á la señora Bargetón, deploró muchísimo el desacuerdo que notaba entre aquella casa y su buena suerte.

—¡Amar á la señora de Bargetón, poseerla tal vez muy pronto y vivir en esta ratonera!—se decía Luciano al penetrar en el patio, donde se veían algunos paquetes de hierbas hervidas á lo largo de las paredes, donde el aprendiz limpiaba los cazos del laboratorio, y donde el señor Postel, provisto de un gran mandil y con una probeta en la mano, examinaba algún producto químico, al mismo tiempo que dirigía una ojeada á la tienda, ó tenía el oído atento á la campanilla, ó examinaba con demasiada atención la droga.

El olor de la manzanilla, de la menta y de varias plantas destiladas llenaba el patio y la modesta habitación, á donde se subía por una de esas escaleras empinadas, llamadas escaleras de molinero, y sin más barandilla que dos cuerdas. En lo más alto estaba el único cuarto abuhardillado, donde vivía Luciano.

—¡Buenos días, pollo!—le dijo el señor Postel, verdadero boticario de provincias—¿cómo va esa salud? Ahora acabo de hacer un experimento con la melaza; pero sería preciso tener aquí á su padre para encontrar lo que busco. ¡El sí que era un hombre notable! Si yo hubiese conocido su secreto para combatir la gota, hoy los dos arrastraríamos coche.

Tan estúpido como bueno, el farmacéutico no dejaba pasar semana sin recordar á Luciano la fatal discreción que su padre había guardado acerca de su descubrimiento.

—Es una gran desgracia—respondió perentoriamente Luciano, que empezaba á encontrar sumamente ordinario al discípulo de su padre, después de haberle bendecido con frecuencia, pues el honrado Postel había socorrido más de una vez á la viuda y á los hijos de su antiguo amo.

—Pero ¿qué diablos tiene usted?—le preguntó el señor Postel colocando la probeta sobre la mesa de su laboratorio.

—¿Han traído alguna carta para mí?

—Sí, una que huele á gloria y que está sobre el mostrador, al lado del pupitre.

¡La carta de la señora de Bargetón mezclada con las drogas de la farmacia! Luciano corrió á apoderarse de ella.

—Date prisa, Luciano, que la comida te espera hace una hora, y estará fría—gritó cariñosamente una bonita voz que salió de una ventana entreabierta y que Luciano no oyó.

—Señorita, su hermano de usted está guillado—dijo Postel levantando la cabeza.

Este solterón, que era bastante semejante á un tonel de aguardiente en el que la imaginación de un pintor hubiera dibujado una enorme cara picada de viruelas y rojiza, tomó al mirar á Eva una actitud ceremoniosa y agradable que probaba que pensaba casarse con la hija de su predecesor, pero que no podía poner fin al combate que el amor y el interés libraban en su corazón, siendo este el motivo de que le repitiese sonriendo á Luciano las siguientes palabras que acudían frecuentemente á sus labios:

—¡Qué guapa es su hermana de usted! Usted también lo es. Su padre de usted lo hacía todo bien.

Eva era una gran morena de cabellos negros y ojos azules, y aunque presentaba los síntomas de un carácter viril, era cariñosa, tierna y abnegada. Su candor, su sencillez, su tranquila resignación á una vida laboriosa y su formalidad debieron de haber seducido á David Sechard. Así es que